

MELÉNDEZ VALDÉS, JUAN (1754-1817)

SONETOS

ÍNDICE:

SONETO
Introductorio

SONETO I
El despecho

SONETO II
El pronóstico

SONETO III
El pensamiento

SONETO IV
Las artes del amor

SONETO V
La paloma

SONETO VI
Las ilusiones de la ausencia

SONETO VII
El ruego y la crueldad

SONETO VIII
El deseo y la desconfianza

SONETO IX
El propósito inútil

SONETO X
La esquividad vencida

SONETO XI
Las armas del amor

SONETO XII
La humilde reconvención

SONETO XIII
La resignación amorosa

SONETO XIV
El ruego encarecido

SONETO XV
Los tristes recuerdos

SONETO XVI
La fuga inútil

SONETO XVII
En unas bodas

SONETO XVIII
El remordimiento

SONETO XIX

*Al Exmo. Sr. D. Eugenio de Llaguno, habiéndole nombrado el rey Caballero Gran Cruz
de la orden de Carlos III*

SONETO XX
Sin reparar adónde me llevaba

SONETO XXI
Cuando de mi camino atrás volviendo

SONETO XXII
Si porque yo, señora, humilde os quiero

SONETO XXIII
Quédense de tu templo ya colgados

SONETO XIV
Oh varón consumado en toda ciencia

SONETO XXV
Ya de la luz de la razón guiado

SONETO XXVI

De Ciparis dejado, el afligido

SONETO XXVII

Cuál me lleva el Amor, cuál entre abrojos

SONETO XXVIII

Quién pudiera volar do mis amores

SONETO XXIX

La falsa seguridad

SONETO XXX

Apología envuelta en sátira

SONETO XXX

Al señor don Francisco Gregorio de Salas

SONETO

(Introductorio)

Las blandas quejas de mi dulce lira,
Mil lágrimas, suspiros y dolores
Me agrada renovar, pues sus rigores
Piadoso el cielo por mi bien retira.

El dichoso zagal que tierno admira
Su linda zagaleja entre las flores,
Y de su llama goza y sus favores,
Alegre cante lo que Amor le inspira.

Yo llore solo de mi Fili ayrada
El altivo desdén con triste canto,
Que el eco lleve al mayoral Jovino,

Alternando con cítara dorada,
Ya en tierno verso, o dolorido llanto,
Las dulces ansias de un amor divino.

SONETO I

El despecho

Los ojos tristes, de llorar cansados,
Alzando al cielo su clemencia imploro;
Mas vuelven luego al encendido lloro,
Que el grave peso no los sufre alzados.

Mil dolorosos ayes desdeñados
Son ¡ay! tras esto de la luz que adoro;
Y ni me alivia el día, ni mejoro
Con la callada noche mis cuidados.

Huyo a la soledad, y va conmigo
Oculto el mal y nada me recrea;
En la ciudad en lágrimas me anego.

Aborrezco mi ser y aunque maldigo
La vida, temo que la muerte aún sea
Remedio débil para tanto fuego.

SONETO II

El pronóstico

No en vano, desdeñosa, su luz pura
Ha el cielo a tus ojuelos trasladado,
Y ornó de oro el cabello ensortijado,
Y dio a tu frente gracia. y hermosura.

Esa encendida boca con ternura
Suspirará: tu seno regalado
De blando fuego bullirá agitado,
Y el rostro volverás con más dulzura.

Tirsi, el felice Tirsi tus favores
Cogerá, altiva Clori, su deseo
Coronando en el tálamo dichoso,

Los Cupidillos verterán mil flores,
Llamando en suaves himnos a Himeneo,

Y Amor su beso le dará gozoso.

SONETO III.

El pensamiento

Qual suele abeja inquieta revolando
por florido pensil entre mil rosas,
Hasta venir a hallar las más hermosas,
Andar con dulce trompa susurrando;

Mas luego que las ve con vuelo blando
Baxa y bate las alas vagarosas,
y en medio de sus hojas olorosas
El delicado aroma está gozando:

Así, mi bien, el pensamiento mío
Con dichosa zozobra por hallarte
Vagaba de amor libre por el suelo.

Pero te vi, rendíme, y mi albedrío
Abrasado en tu luz goza al mirarte
Gracias que envidia de tu rostro el cielo.

SONETO IV

Las artes del amor

Quiso el Amor que el corazón helado
De Nise ardiese, y le lanzó una flecha;
Mas dio al punto a sus pies mil partes hecha
Contra su seno de pudor murado.

Solicítala en oro transformado,
Y al vil metal con altivez desecha.
Busca al vano favor; no le aprovecha,
Quedando en pruebas mil siempre burlado.

Válese al fin de Tirsi que la adora:
Llama al tierno Himeneo, y officioso
De la mano la arrastra al nupcial lecho.

Victoria canta el Dios: de la pastora
Cesa el desdén, y en llanto delicioso
Qual nieve al sol se le derrite el pecho.

SONETO V

La paloma

Suelta mi palomita pequeñuela
Y dexamela libre, ladrón fiero:
Suéltamela, pues ves quanto la quiero,
Y mi dolor con ella se consuela.

Tú allá me la entretienes con cautela:
Dos noches no ha venido, aunque la espero,
¡Ay! si esta se detiene, cierto muero:
Suéltala ¡o crudo! y tú verás qual vuela.

Si señas quieres, el color de nieve,
Manchadas las alitas, amorosa
La vista, y el arrullo soberano,

Lumbroso el cuello y el piquito breve...
Mas suéltala, y verásla bulliciosa,
Qual viene y pica de mi palma el grano.

SONETO VI

Las ilusiones de la ausencia

Hora pienso yo ver a mi señora
De gentil aldeana, y que el cabello
Libre le vaga por el albo cuello,
Cantando alegre al despertar la aurora.

Hora que con cayada hecha pastora
Los corderillos guía, y suelta al vellos
por el prado brincar corre en pos de ellos,
Y hora que en ocio en la cabaña mora.

Tierna hora ríe y va cogiendo flores,
A caza hora tras ella el monte sigo,

Y bailar en la fiesta hora la veo.

Así ausente me alivio en mis dolores,
Y aunque sueño de amor es quanto digo,
El alma siente un celestial recreo.

SONETO VII

El ruego y la crueldad

Huyes, Cinaris bella, y desdeñosa,
De mil dulces palabras olvidada,
Ni vuelves hacia mí la faz rosada,
Ni mi voz oyes por correr furiosa.

¡Ay! tente, tente a mi dolor piadosa,
Tente y yo callaré: no tu nevada
Planta la selva hiera enmarañada,
Qual la de Venus, quando erró llorosa.

Ni aun respirar ya puedes de rendida.
Vuelve... ¡ay! ¡ay! vuelve... mas ¡dolor agudo!
Que por mejor correr suelta el cayado.

Vuelve... dixo Damon; pero no oída
De la ingrata su voz, seguir no pudo
En encendidas lágrimas bañado.

SONETO VIII

El deseo y la desconfianza

¡O si el dolor que siento se acabara,
Y el bien que tanto anhelo se cumpliese!
¡Cómo por desdichado que hora fuese,
La más alta ventura no envidiara!

Con la esperanza sola me aliviara,
Y por mucho que en tanto padeciese,
El gozo de que el mal su fin tuviese,
Lo amargo de la pena al fin templara.

Por un instante de placer que hubiera
Coa júbilo mis ansias sufriría,
Ni en su eterno durar desfalleciera.

Pero si es tal la desventura mía,
Que huyendo el bien, el daño persevera,
¡Que aguardar puedo en mi letal porfía!

SONETO IX

El propósito inútil

Tiempo, adorada, fue, quando abrasado
Al fuego de tus lumbres celestiales
Osé mi honesta fe, mis dulces males
Cantar sin miedo en verso regalado.

¡Que de veces en lágrimas bañado
Me halló el alba besando tus umbrales,
O la lóbrega noche, siempre iguales
Mi ciego anhelo y tu desdén helado!

Pasó aquel tiempo; mas la viva llama
De mil fiel pecho inextinguible dura,
Y hablar no puedo, aunque morir me veo.

Huyo, y muy mas mi corazón se inflama;
Juro olvidarte, y crece mi ternura;
Y siempre a la razón vence el deseo.

SONETO X

La esquivez vencida

No temas, simplecilla; del dichoso
Galán pastor no tardes la ventura:
Apenado a ti corre; su ternura
Premio al fin halle y su anhelar reposo.

De rosa en la coyunda; el cuello hermoso
Pon al yugo feliz: la Copa apura
Que Amor te brinda, y de triunfar segura

Entra en lides suaves con tu esposo.
¡La vista tornas! ¡del nupcial abrazo
Huyes tímida y culpas sus ardores,

En rubor virginal la faz teñida!
Mas Venus... Venus... su genial regazo
Sobre el lecho feliz llueve mil flores,
Que Filis coge, y la esquivez olvida.

SONETO XI

Las armas del amor

De tus doradas hebras, mi señora,
Amor formó los lazos para asirme;
De tus bellos ojuelos para herirme
Las flechas y la llama abrasadora.

Tu dulce boca, que el carmín colora,
Su púrpura le dio para rendirme;
Tus manos, si al encanto quise huirme,
Nieve que en fuego se me vuelve ahora.

Tu voz suave, tu desdén fingido
Y el albo seno do el placer se anida,
Pábulo añaden al ardor primero.

Amor con tales armas me ha rendido:
¡Ay armas celestiales! ¡ay mi vida!
Yo soy, yo quiero ser tu prisionero.

SONETO XII

La humilde reconvención

Dame, traydor Aminta, y jamás sea
Tu candida Amarili desdeñosa,
La guirnalda de flores olorosa
Que a mis sienes ciñó la tierna Alcea.

¡Ay! dámela, cruel, y si aun desea
Tomar venganza tu pasión zelosa,

He aquí de mi manada una amorosa
Cordera, en torno fenecer la vea.

¡Ay! dámela, no tardes, que el precioso
Cabello ornó de la pastora mía,
Muy más que el oro del Ofir Inciente,

Quando cantando en ademan gracioso
Y halagüeño mirar, merecí un día
Ceñir con ella su serena frente.

SONETO XIII

La resignación amorosa

¿Qué quieres, crudo Amor? dexa al cansado
Ánimo respirar solo un momento:
Baste el veneno en que abrasar me siento,
Y el dardo agudo al corazón clavado.

Ni duermo, ni reposo, y de mi lado
Qual sombra huye el placer: ¡ah! ¡que lamento
Suena en mi triste oído! De tormento
Basta. Amor, basta, pues de mí has triunfado.

Le ruego así, y a mi dolor movido
Él me muestra la lumbre por que muero,
Puro rayo de angélica hermosura.

Yo me postro a adorarla, y encendido
En fuego celestial, penar más quiero,
Y morir pido como gran ventura.

SONETO XIV

El ruego encarecido

Dexa ya la cabaña, mi pastora,
Déxala, mi regalo y gloria mía:
Ven, que ya en el oriente raya el día,
Y el sol las cumbres de los montes dora.

Ven, y al humilde pecho que te adora
Torna con tu presencia la alegría.
¡Ay! que tardas, y el alma desconfía;
¡Ay! ven, y alivia mi penar, señora.

Texida una guirnalda de mil flores,
Y una fragante delicada rosa
Te tengo, Filis, ya para en llegando.

Daréte las cantando mil amores,
Daréte las, mi bien, y tú amorosa
Un beso me darás sabroso y blando.

SONETO XV

Los tristes recuerdos

En este valle, do sin seso ahora
En muda soledad tu malhadado
Nombre ¡ay Fili!, repito, afortunado
Decirte osé: mi corazón te adora.

Junto a este arroyo que tu muerte llora,
Te hallé cogiendo flores, y turbado
La guirnalda nupcial en tu dorado
Cabello puse, y te juré señora.

Allí nos reveló sus deliciosos
Misterios la alma Venus, la sagrada
Tea encendiendo plácido Himeneo.

¡Ay! ¡dexadme, recuerdos dolorosos!
Mi Fili al claro olimpo fue robada,
Y yo en mil ansias fenecer me veo.

SONETO XVI

La fuga inútil

Tímido corzo de cruel acero
El regalado pecho traspasado,
Ya el seno de la yerba emponzoñado

Por demás huye del veloz montero.

En vano busca el agua, y el ligero
Cuerpo revuelve hacia el doliente lado.
Corre el veneno, y lanza congojado
La vida en un bramido lastimero.

Así la flecha corazón clavada
Huyó en vano la muerte, revolviendo
El ánima a mil partes dolorida:

Crece el veneno, y de la sangre helada
Se va el herido corazón cubriendo,
Y el fin se llega de mi triste vida.

SONETO XVII

En unas bodas

He aquí el lecho nupcial... ¿tiembles, amada?
¿Y para ti le ornó de gozo llena
Tu tierna madre? El corazón serena,
Y de santo pudor sube a él velada.

También yo como tú temí engañada
Doblar el cuello a la feliz cadena;
Cedí, y dichosa fui: tu esposo pena,
Llega y colma su suerte afortunada.

Veo asomar al Himeneo santo;
Que fausta ya Fecundidad te mira,
Y en maternal amor arder tu pecho.

Llega... La virgen entre risa y llanto
Ansia y teme; la madre se retira,
Y corre Honestidad el nupcial lecho.

SONETO XVIII

El remordimiento

Perdona, bella Cintia, al pecho mío ,

Si evita canto tu adorable llama,
Que Fili solo su fineza inflama,
Y él la idolatra aun en mármol frío.

Si amarte intento, del silencio umbrío
Su voz infausta por venganza clama:
¿Así, me dice, ¡o pérfido! se ama?
¡Ay! ¡tiembla, tiembla mi furor, impío!

Vuélveme a mi inocencia y a mi pura
Candidez virginal: tú de mi pecho
¡Aleve! ¡aleve! has la virtud lanzado.

Vuélveme mi virtud... Su sombra oscura
Me sigue así, y en lágrimas deshecho
Me hallo en el duro suelo desmayado.

SONETO XIX

*Al Exmo. Sr. D. Eugenio de Llaguno, habiéndole nombrado el rey Caballero Gran Cruz
de la orden de Carlos III*

Alivia el peso, soberana Astrea;
déjame un hora de feliz reposo;
el crudo afán de tu servicio honroso
ceda una vez a más feliz tarea.

Santa amistad en celebrar se emplea
del claro Elpino el galardón glorioso,
merced justa de un rey que poderoso
su mérito y saber honrar desea.

Vosotras, Musas, si a mi ruego un día
cedisteis gratas, y mi tierno acento
oyó afable por vos mi dulce Elpino,

presta volad, decidle mi alegría,
del pueblo hispano el general contento,
de la virtud el júbilo divino.

SONETO XX

Sin reparar adónde me llevaba

Sin reparar adónde me llevaba
ni a dó parar pudiera, a Amor seguía,
que por una anchurosa y fresca vía
a un deleitoso valle me guiaba.

De lejos un palacio se mostraba,
al cual yo en acercarme me afligía,
cuando sintió imprevisto el alma mía
un lazo que seguir me embarazaba.

Acudí a desprenderme y, como el ave
que huyendo de la liga más se enreda,
en prisión me miré, tan cruda y fuerte,

que por librarme de la cárcel grave
la muerte sólo que tentar me queda,
y aun temo, ¡ay triste!, no bastar la muerte.

SONETO XXI

Cuando de mi camino atrás volviendo

Cuando de mi camino atrás volviendo,
torno y contemplo en mi infalible daño,
tal es mi pena y mi dolor tamaño
que me siento en mil ansias feneciendo.

Mas cuando vuelvo a vos, alegre viendo
la dulce causa de mi dulce engaño,
luego en mi pecho siento un bien extraño,
y con gusto mis males voy sufriendo.

Con vos se alivia mi dolor crecido
y en vos todo mi bien miro cifrado,
cuanto puedo esperar y cuanto quiero;

y aunque ni el llanto acaba ni el gemido,
me miro en mi dolor tan consolado
que no siento morir si por vos muero.

SONETO XXII

Si porque yo, señora, humilde os quiero

Si porque yo, señora, humilde os quiero
con una fe tan verdadera y pura,
cada vez en mi daño más segura,
vos gustáis de acabarme y yo ya muero,

¿qué os quedara que hacer con aquel fiero
que intente desdeñar vuestra hermosura
y el duro pecho, aun más que piedra dura,
negar os quiera ya por prisionero?

Si pagáis el amor con mil rigores
y mi honesta afición es desdeñada,
¿con qué castigaréis a quien no os quiera?

Volved, que amor sólo merece amores
y una tal voluntad ser bien premiada,
y quien fiero no os ame solo muera.

SONETO XXIII

Quédense de tu templo ya colgados

Quédense de tu templo ya colgados,
vistiendo sus paredes, mis despojos;
ya basta, Amor, de engaños y de enojos;
no quiero más tu guerra y tus cuidados.

Dos años te he seguido mal gastados
que inútilmente lloran hoy mis ojos;
flores pensé coger, y halleme abrojos;
vuelvo atrás de mis pasos mal andados.

Tuya es, Amor, la culpa; yo la pena
padezco, de servirte arrepentido,
que halagas blando y te descubres fiero;

mas, ¡ay!, romper no puedo la cadena:
¡ah, tirano cruel, que al que has rendido,
lo tienes para siempre prisionero!

SONETO XXIV

Oh varón consumado en toda ciencia

¡Oh varón consumado en toda ciencia,
y en doctrina el mayor de los mayores,
que a cuanto ya trataron mil doctores
das en breve volumen preeminencia!

Breve es tu obra, mas con la excelencia
de un arte que, observando sus primores,
por sí mismos consiguen los lectores
en griego hablar riquísima afluencia.

Gózate, oh juventud, a este habla amante,
del excelente método que hoy toma
de enseñarla este sabio doctor nuestro,

pues consigue aprender el principiante
sutil y doctamente el griego idioma
sin otro arte, otro auxilio, otro maestro.

SONETO XXV

Ya de la luz de la razón guiado

Ya de la luz de la razón guiado,
la variedad del orbe discurriendo,
nada de cuanto en él fui conociendo
mi corazón dejó maravillado;

no el globo de la tierra, que asentado
se está sobre sí propio sosteniendo,
ni el abismo del mar, ni aquel estruendo
que forma el viento en él alborotado,

ni el cristalino globo de diamante,
de estrellas tachonado en noche oscura,
ni tú, ¡oh fulgente sol!, que ardiendo veo;

mas luego os vi, señora, y al instante
no sólo me admiró vuestra hermosura,
empero satisfizo mi deseo.

SONETO XXVI

De Ciparis dejado, el afligido

De Ciparis dejado, el afligido
Batilo yace en la desierta arena,
al cielo acusa y al amor condena,
de sí olvidado y del amor vencido.

Del triste caso a compasión movido,
el viejo Tormes la corriente enfrena;
pero la esquiva ninfa aun huye, ajena
a la piedad el pecho empedernido.

De helado mármol y templado acero
al encendido dardo un cerco priva
que abra al amor, por la piedad, entrada.

¡Ay, mísero zagal!, rigor tan fiero
te va acabando; y tu beldad esquiva,
viendo tu fin, aún se complace airada.

SONETO XXVII

Cuál me lleva el Amor, cuál entre abrojos

¡Cuál me lleva el Amor, cuál entre abrojos
me arrastra y me revuelve, y la memoria
deja en las breñas de mi triste historia,
y el corazón entre ellas por despojos!

¡Cuál me hiere implacable, y de los rojos
arroyos de mi sangre la victoria
celebra de su nombre! ¿Tanta gloria
dará mi humilde fin a sus enojos?

Muévate a compasión el dolorido
cuerpo, tirano Amor; muévate el ruego
de un infeliz, y alíviame el tormento;

o de mis ayes míseros movido,

a Fili abrasa en tu divino fuego,
y en mil dolores moriré contento.

SONETO XXVIII

Quién pudiera volar do mis amores

¡Quién pudiera volar do mis amores
están agora, lejos en la aldea!
¡Quién de su dulce lado, cual desea,
gozara, y de su boca los olores!

¡Quién su pelo sembrara de mil flores
y viera en la vendimia cuál se emplea,
cómo en coger las uvas se recrea,
y a su cesta ofreciera las mejores!

Mas, ¡ay, ay, que infeliz esto imagino
llorando ausente de la lumbre mía,
y ella llora también de mí apartada!

¡Oh, acabe, oh cielo, tan cruel destino;
el tiempo vuele, y venga el almo día
que limpie el lloro de mi prenda amada!

SONETOX XVIX

La falsa seguridad

¡Ah!, teme, oh ciego, como triste lloro,
también llorar de Fili abandonado,
que un tiempo, cual tú ahora, yo engañado
la oí tierna decirme: «Yo te adoro».

Feliz, de rosa orné sus hebras de oro,
hallé al deseo en su mirar pintado,
en sus cándidos brazos estrechado,
su ardor venciendo al virginal decoro.

¡Cuál clamó, suspirando: «Dulce dueño,
firmeza aprende de tu fiel pastora;
ve sus ansias, su fe; duélete de ella»!

Fue mi ventura un fugitivo sueño.
Teme, pues, que agraviado el Amor llora,
y es Fili aleve y falsa cuanto es bella.

SONETO XXX

Apología envuelta en sátira

¡Oh pobre don Tomás! ¡Oh sin ventura
y triste numen, más que el hielo helado!
¡Oh musical poema y malhadado,
lleno de languidez y de tristura!

¡Oh fría traducción, insulsa y dura!
¡Oh tabernario verso, ay me cuitado!
¡Oh talento francés, sólo alabado
por quien sólo favor lograr procura!

Por más que Cabanillas por primero
te ponga y apellide buen poeta,
serás siempre un poeta romancero;

y aunque tu desvergüenza le acometa,
Forner te hizo el retrato verdadero,
y diga lo que quiera la Gazeta.

SONETO XXXI

Al señor don Francisco Gregorio de Salas

La fuerza de Virgilio, la elocuencia
de Homero, y del Petrarca la dulzura
tu Observatorio rústico procura
exceder, ¡oh gran Salas! sin violencia.

Del Pindo tú has subido la eminencia
cuando cantas en loor de Extremadura;
y así que Apolo te miró en la altura,
de sus hijas te dio la presidencia.

Cualquiera que con pluma licenciosa

dijere que Meléndez ha dudado
el mérito de Salas algún día

y esto quiera afirmar en verso o prosa,
está poco instruido y enterado
en Meléndez, en Salas y en poesía.